

ELOGIO FÚNEBRE

DE LA SEÑORA

13

DOÑA FRANCISCA DE PAULA PEREZ GALVEZ.

IV28  
P3  
M6

ARTS SplitPro

*Dr. D. D. Tomás Barón*



HV28  
P3  
M6

# ELOGIO FUNERARIO

DE LA SEÑORA

DOÑA FRANCISCA DE PAULA PEREZ GALVEZ  
Y OBREGON

PRONUNCIADO EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE GUANAJUATO,  
EL DIA 12 DE OCTUBRE DE 1868

POR

MONSEÑOR IGNACIO MONTES DE OCA

DOCTOR EN TEOLOGIA Y AMBOS DERECHOS

CAMARERO SECRETO DE SU SANTIDAD.



GUANAJUATO.

FÉLIX M. CONEJO, TIPÓGRAFO

1868.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

39974



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTS Split Pro



1080018468

LICENCIA DEL ORDINARIO.

Leon, Octubre 6 de 1868.

Habiendo escuchado con detencion y complacencia la lectura del Elogio Fúnebre de la Señora Doña Francisca de Paula Perez Galvez que Nos ha hecho su autor el Señor Don Ignacio Montes de Oca, camarero secreto de Su Santidad, y satisfechos como estamos de que no solo está conforme á las reglas canónicas sobre el particular, sino que cederá en honor del Señor y en edificacion de los fieles, concedemos Nuestra licencia, no solo para que se pronuncie despues de la celebracion de la santa misa el día de las exequias, sino para que se le dé publicidad por la prensa.

Así lo decretó y firmó el Illmo Sr. Obispo.

El Obispo de Leon.

Jose H. Ibarguengoitia,  
Srio. interino.

002583



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN

ARTS Split Pro



...que la historia de Israel...

In omni spatio vitae eius, non fuit qui  
perturbaret Israel.  
Mientras ella vivió no hubo quien turba-  
ra á Israel. JUDITH, XVI, 30.

...que la historia de Israel...

Hé aquí el breve, pero elocuente elogio, que al terminar su historia hace el Espíritu Santo de la immaculada Judit. Rica y poderosa, é ilustre cuanto bella, la viuda de Manasés se entregó á la soledad y al retiro, apenas bajó al sepulcro su esposo; y abandonando los suntuosos trages de otros días, pasaba los meses vestida de cilicio y consagrada á la oracion y á la penitencia. Era muy estimada de todos porque temía al Señor, y no habia quien cesase en ella su maldiciente lengua<sup>1</sup>. Amenazado Israel de inminente ruina, ella sola no cedió al temor general y, dejando por un instante su aislamiento, no vaciló en exponerse á mil peligros por salvar á la nacion Hebrea. Modesta en su señalado triunfo, tornó luego á la vida austera y retirada, y murió despues de haber vivido largos años sobre la tierra, bendecida de todos y santa en la presencia de Dios y de los hombres. Luto universal causó su muerte entre el pueblo escogido; todos derramaron amargo llanto al ver apagarse tan preciosa existencia, y solemnes exequias se celebraron durante siete dias para honrar la memoria de aquella que habia sido tan respetada y querida de sus compatriotas, tan heroica y tan temida de los enemigos, que durante su vida no hubo quien turbara á Israel.

Al postrarnos ante esa tumba recién abierta; al pedir arrodillados al Padre de las misericordias que reciba en sus

1. Jud. VIII, 8

brazos á la ilustre matrona que la muerte acaba de arrebatarnos, nuestros llorosos ojos se vuelven instintivamente hácia esa multitud de pobres y desvalidos que, merced á ella, no sentían las penalidades de la inopia; se presentan á nuestra imaginación esas grandes y numerosas empresas, en que una inmensa muchedumbre de nuestros ciudadanos hallaba un remedio seguro á sus necesidades, y en que, al acrecer las riquezas de su benéfica Señora, sabía el operario que trabajaba también para sí propio, que contribuía al bienestar general, que los nuevos tesoros no quedarían encerrados en las arcas de su dueño, sino que tornarían á caer cual suave rocío sobre el pueblo cuyos sudores se extrañan de las entrañas de la tierra; repasa nuestra mente la historia de los últimos años que han transcurrido, y vemos siempre descollar á nuestra lamentada compatriota, como protectora de la Religión, apoyando y sostén de los sacerdotes y de las vírgenes del Señor, madre de los pobres, socorro de los atribulados, y columna, aunque escondida no menos robusta, de la casa de Dios. Al lanzar entonces una mirada á nuestro oscuro porvenir, al fijar de nuevo nuestra vista en el sepulcro que encierra sus mortales despojos, no podemos menos que exclamar entre hondos suspiros: mientras ella vivió no hubo quien turbara á Israel.

En la Ley de Gracia no hay ante Dios judío ni gentil, bárbaro ni escita<sup>2</sup>; pero existe siempre una raza predilecta, un pueblo privilegiado, un Israel del Nuevo Testamento, que Jesucristo prefiere, y distingue, y favorece. Esta raza escogida son los pobres y los atribulados; los que, ya por voluntad propia, ya por disposición de la Providencia, despojados de bienes terrenos y cargados de aflicciones sin número, se elevan mas fácilmente á Dios, primer principio y último fin, y codician sobre todo su inestimable amor. Entre esta progénie de bendición resplandece con doble brillo, y bien puedo decirlo junto á este sepulcro, resplandece la tribu de Leví del Cristianismo, el sacerdocio católico, segregado del mundo y siempre en pugna con sus pompas; siempre vilipendiado y perseguido por los secuaces de Satanás. No abandona el Señor á su pueblo; y aunque á veces lo castigue por sus pecados, envía una tras otra á libertarlo y protegerlo,

2. Colos III. 11

Pudencianas y Lucinas, Paulas y Marcelas, Franciscas Romanas y de Chantal, escogidas entre el sexo por esencia piadoso y colmadas ellas mismas de bienes temporales, para que mejor acudan al socorro de sus predestinados. La voz del Señor ha resonado siempre por los lábios de sus ministros en loor de estas santas matronas; el Sumo Sacerdote y los Israelitas todos bendijeron á Judit por sus virtudes y hazañas, y el gran Gerónimo no cesa de alabar la penitencia y justicia de las inclitas viudas á quienes sirvió de guía en sus caritativas empresas; no hacemos en este día tristísimo sino seguir tan preclaras huellas, al tributar en presencia del Dios vivo y al pié de sus altares, el homenaje de gratitud y alabanza que tanto mereció por sus virtudes, á la Señora Doña FRANCISCA DE PAULA PEREZ GALVEZ Y OBREGON.

¡Tenedlo entendido, mortales! No es la vanidad la que aquí nos congrega; no es al orgullo humano á quien venimos á rendir un tributo indigno de sacrilega adulacion; no es esta pompa fúnebre como las que la incredulidad moderna os ha acostumbrado á presenciar. La gratitud es la que aquí nos llama; la gratitud cristiana, la Religión, la piedad. Preparaos á escuchar las severas lecciones que os da esa tumba, inclinad la frente ante su terrible majestad, y prestad oído á ese mudo language de que mi voz no será sino débil intérprete. Lejos de vosotros todo sentimiento que no corresponda á la imponente solemnidad con que la Madre Iglesia circunda el féretro de los que mueren en el Señor: cristianos, humillaos ante ese Dios que abate y ensalza, que da la muerte y la vida, que lleva á los infiernos y saca de ellos á su voluntad<sup>3</sup>; mortales, respetad el sepulcro á que quizá bajareis dentro breves instantes.

¡El sepulcro! Hé aquí el término inevitable de nuestro viage sobre la tierra. ¡El sepulcro! Hé aquí el principio de una nueva vida, feliz ó desgraciada, de eterna bienandanza ó de perdurables tormentos. ¡Feliz mil veces, dice la Escritura, quien durante su carrera mortal ama la justicia y aborrece la iniquidad; quien no engaña á su prójimo, ni ha dado su dinero á usura, ni recibe

3. 4 Reg. II, 6.

4. Ps. XLIV.

5. Ps. XIV.

dones para oprimir al inocente! ¡Feliz aun mas quien coloca con tiempo en lugar seguro las riquezas con que Dios lo ha agraciado, poniéndolas en manos del necesitado y del indigente! El Señor se las devolverá con ganancias en el día de la retribucion <sup>6</sup>. Detengámonos á meditar en estas verdades, recorriendo la historia de la ilustre difunta, y admirando en cada una de sus acciones la exactitud con que observó los divinos preceptos de la mas estricta justicia; la generosidad con que practicó los consejos evangélicos de la mas sublime caridad.

No extrañeis, Señores, el que en un suelo republicano y bajo una atmósfera en que se respira por todos lados igualdad democrática, hieran de repente vuestros oídos los olvidados nombres de nobleza y blasones, de riquezas heredadas, de ascendientes gloriosos. Todo es vanidad, todo es humo; esa pira funeraria lo pregonaba mas alto que todos los filósofos, y el desengañado Salomon lo había proclamado con inspirado acento <sup>7</sup> siglos antes que surgieran esas dinastías y esa aristocracia cuyo poder deslumbró á los hombres; cuya caída llenó al universo de estupor. Pero no es menos cierto que riquezas y honores son dones del Altísimo con que se sirve agraciado á algunos de sus predestinados, imponiéndoles en proporcion mayores obligaciones <sup>8</sup>, y colocándolos sobre el áureo candelabro para que resplandezcan sobre las creaturas menos favorecidas <sup>9</sup>. El servirse de estas gracias singulares para fomentar el orgullo y ofender al autor de todos los bienes, es un crimen digno del mas solemne vituperio; el aprovecharse de tan insignes privilegios para llevar á cabo los designios de la Providencia, para dar gloria á Dios y socorrer al indigente, para hacer que el Señor sea alabado y bendecido y que su santo nombre se lleve hasta los confines de la tierra ¡oh! esta nobleza no es vanidad de vanidades; estos blasones son dignos de ornar el templo del Santo de los Santos, estos son timbres que merecen elogiarse en el recinto mismo del santuario, y que todo cristiano debe admirar, sea cual fuere el país y la época en que viva <sup>10</sup>.

6. Prov. XIX.

7. Ecles. I.

8. S. Greg. Magn. Hom. 9 in Matt.

9. Matt. V.

10. Cf. Chrysost. Hom. 38 in Matt.

Era el año de 1563. La capital de la España presenciaba un espectáculo mas admirable aún que las recientes victorias de Hernan Cortés. Un noble caballero Buralés se desceñía de repente la espada, y fundando un hospital con sus cuantiosos bienes, establecía una congregacion religiosa para el servicio de los enfermos, poniéndose él mismo al frente de la caritativa legion que hasta hoy día conserva su nombre. Era Bernardino de Obregon. Dos siglos despues, un heredero de tan ilustre apellido se veía inesperadamente elevado por la Providencia al rango de que las vicisitudes de la fortuna habían privado por largos años á sus modestos abuelos. Esa montaña que hoy encierra el monumento mas grandioso de nuestra ciudad, se abría de súbito con imponente estrépito, y depositaba sus inmensos tesoros en manos del primer conde de Valenciana, el piadoso y benéfico Don Antonio de Obregon.

De Dios le vinieron tan inesperadas riquezas, y á Dios se apresuró á devolverlas el agradecido caballero. Testigos de su religiosa gratitud, todavía pregonan sus glorias los suntuosos templos por él erigidos, y los hospitales dotados por sus arcas; y bajo la máscara que hoy lo cubre, nos echa en cara nuestra indiferencia el espacioso convento que floreció para dicha nuestra merced á su largueza. De una hija del egregio varon, unida ante la Iglesia en santo matrimonio al coronel conde de Perez Galvez, nacía en esta ciudad, siete años antes de expirar el siglo XVIII, la virtuosa muger que hace treinta días tornaba al seno del Creador <sup>11</sup>.

¡Cuán plácida y feliz se deslizó su primera infancia! La paz reinaba imperturbable en nuestro suelo; la agricultura florecía, y sobre todo nuestras minas riquísimas no cesaban de rendir inagotables tesoros. En cuna de oro se mecía la tierna niña, y sus primeros pasos fueron sobre alfombras preciosas y entre adornos y joyas de inestimable valía. Pero estos pasos se dirigieron al templo, y sus primeras lecciones fueron en la piedad, en la munificencia, en la generosidad. Casi no había templo de nuestra ciudad, en que al arrodillarse ante la oculta majestad del Dios humanado, la inextinguible lámpara que ardía ante el sacramento eucarístico no le recordase á su ilustre

11. Nació en Guanajuato el 8 de Febrero de 1795 y falleció en México el 41 de Setiembre de 1868.

abuela, cuyos tesoros alimentaban continuamente este símbolo de la vigilancia y adoración cristiana<sup>12</sup>. Cada día presenciaba, aunque todavía sin comprenderlo, los constantes ejemplos de generoso desprendimiento que, ya remitiendo deudas, ya erogando limosnas, ya abandonando las ganancias menores á otros menos ricos, le daban sin cesar sus esclarecidos padres. No os parezcan estos rasgos de leve importancia; ella se complacía en sus últimos años en repetirlos á menudo, comparándolos con la avaricia y ruindad que distinguen á nuestra sociedad actual, y se ve que dejaron en su alma una impresión profunda y fueron la semilla de esa beneficencia sin límites y de esa caridad inagotable, cuyos opimos frutos hemos recogido.

No hay tesoro en la tierra que pueda compararse á una madre cristiana. ¡Dichosa la hija á quien concede el Señor un don tan precioso; cuya madre está profundamente penetrada de que la maternidad, como dice el Crisóstomo,<sup>13</sup> no consiste en dar á luz el fruto de las entrañas, sino en educarlo con particular anhelo y cuidar de que crezca en virtudes al crecer en años, y que nunca pisen sus plantas el sendero de la iniquidad! Tal dicha cupo á la tierna heredera de los Perez Galvez; jamás la separó de su lado la piadosa muger que le dió la existencia, y la apartó de los peligros y de los escollos que suelen hallarse al entrar en la juventud, conservándola casi siempre lejos de las ciudades. Esta educación engendró en el pecho de la niña ese amor filial y esa obediencia tan acendrada, que despues la condujeron, risueña y contenta, hasta sacrificarse en las aras de la voluntad maternal.

No debía durar largos años esta era de tranquila felicidad. La Discordia encendió su tea destructora, y la Muerte cubrió todo nuestro bello país con ese velo fúnebre que en mas de medio siglo no hemos podido levantar. La guerra de independencia con sus destrozos y sus horrores, sus matanzas y sus represalias, asoló nuestras ciudades y nuestras campiñas, y vosotros, Señores, podeis mejor que yo narrar la triste historia de esa larga lucha que segó tantas vidas preciosas y absorbió mil fortunas colosales. ¿Qué se hicieron tantos suntuosos edificios, cuyas ruinas nos

12. Véase el testamento de la primera condesa de Valenciana.

13. Chrysost. Serm. 1. de Anna.

demuestran hoy día su primitiva magnificencia? ¿Dónde fueron esos tesoros que yacían apinados en cada habitación de nuestra opulenta ciudad? ¿Cómo se agotaron esos ricos veneros de oro y de plata con que por tantos años habían saciado nuestros montes la codicia del universo?

¡Ah, Señores! ¿Qué tristes recuerdos para los que fuisteis têtigos de tan doloroso espectáculo! Muchos de vosotros viviais ya en esa época luctuosa, y visteis los terribles estragos de la ira divina desencadenada sobre nuestros padres. Irritado el Señor por los pecados de un pueblo que tanto había favorecido, nos envió plaga sobre plaga, y todos, grandes y pequeños, pobres y ricos, nos doblegamos bajo el soplo de su justicia. Pero, como acontece en todas las tempestades, el rayo hirió de preferencia los árboles más altos y las torres más elevadas, y cayeron hechas pedazos las almenas de los alcázares condales de Valenciana y de Perez Galvez. La tribulación es una escuela terrible, pero provechosa en extremo, de que el Señor no priva jamás á los que destina á grandes cosas sobre la tierra, y por ella atravesó en la flor de sus años la joven señora. Pasado, es cierto, el primer soplo del furioso huracán, siguió bogando, todavía majestuosa, la combatida nave de su fortuna mundanal; y á los ojos de los hombres nada podía turbar su felicidad, sino el recuerdo de que antes había sido aun mayor. Pero hay amarguras y aflicciones tanto más punzantes cuanto son ocultas; tanto más penosas cuanto se tienen que devorar en silencio. El Señor se complace en mandarlas á los grandes de la tierra, para mejor purificar sus almas de las manchas que no deja de contraer el que vive en medio de las pompas y vanidades del mundo; para hacerles comprender que no son las riquezas las que dan la verdadera felicidad, y que los honores y los aplausos de los hombres de nada aprovechan al que no nutre en su corazón una piedad sólida y un amor profundo á la virtud. Así separa sus afecciones de los bienes terrenales; así les inspira compasión y benovolencia hácia los desgraciados; así los hace vivir en medio de sus tesoros cual si nada poseyeran<sup>14</sup>; y mientras mas es el amor que profesa al que de esta manera atribula, mientras mayores son acerca de

14. 2. Cor. VI.

él los designos de su Providencia, mas y mas le hace sentir sus tremendos castigos<sup>15</sup>. Este cáliz de amargura lo propinó el Señor en su misericordia á la jóven Francisca, quien no rehusó beberlo hasta las heces: era ya esposa.

De tribulacion, de prueba en prueba, de virtud en virtud, conduce Dios gradualmente á sus escogidos por la senda que El mismo les traza: en el transcurso de breves años era huérfana y viuda Doña Francisca Perez Galvez. Aquí es donde comienza, Señores, su verdadera historia; esa historia tan fecunda en ejemplos de piedad y desprendimiento, de abnegacion y fortaleza, de beneficencia y caridad, que sería imposible narrarlos todos, aun ciñendonos solo á los que pasaron á la faz del mundo. Aquí es donde vemos á la opulenta heredera de una fortuna, aunque disminuida, todavía colosal, empezar á ser la protectora declarada del moderno Israel, la madre de los pobres, la ciudad de refugio de los Levitas de la Nueva Ley.

Transportaos por un momento, Señores, á la época en que por vez primera ocultó su frente bajo las tocas de la viudez. México era ya independiente, mas nunca feliz. La patria habia ganado su libertad; pero los patricios que antes formaran su aristocracia, habian perdido, bajo el nuevo régimen, sus títulos, su influencia, su rango, y estaban en peligro de ser despojados aun de los bienes que no habia podido devorar la revolucion. Muchos, por tanto, de la antigua nobleza, abandonaron el suelo independiente del Nuevo Mundo, y buscaron en la Madre Patria un asilo donde conservar sus blasones y poner en salvo el resto de sus tesoros.

¿Porqué no los imitas, rica heredera de una de las casas mas opulentas de la América española? ¿Porqué no atraviesas los mares, y corres en busca de los placeres y honores que te dan derecho á esperar en la Corte los títulos vinculados en tu familia, tu juventud aun lozana, tus riquezas deslumbradoras? ¿Qué esperas en esta tierra, ya para tí inhospitalaria, en que la paz no podrá reinar en adelante, que ya no te dará tesoros, sino antes bien, consumirá tus rentas?

¿Qué espera, Señores? Espera llevar á cabo la mision sublime que le impone la elevada posicion social, en que,

15. Heb. XII.

á pesar de los trastornos políticos, la mantiene la Providencia. Espera seguir el noble ejemplo de sus antepasados empleando sus tesoros en fomentar el culto divino, en socorrer al indigente, en dar trabajo á millares de desvalidos que la guerra ha dejado sin pan, y en protegerlos contra los abusos del fuerte y del avaro. Por eso permanece en su patria, sin abandonarla ni un solo momento aun en los días de mayores angustias; sabe los deberes que imponen la nobleza y el rango, y se apresta á llenarlos como cumple á una matrona cristiana, renunciando para siempre á los gozes terrenos y al fasto de las cortes, y permaneciendo hasta la muerte en el santo estado de casta viudez.

¡Bien necesitaba de su proteccion el pueblo mexicano y en especial el de nuestra ciudad! Agotados los caudales y paralizadas las empresas, el pobre carecía de trabajo, y al que habia sido rico faltaban recursos para proporcionarlo á los que fueran sus operarios, especialmente en el incierto laborio de nuestras engañadoras minas. No habia mas refugio que arrojar en los brazos de especuladores sin entrañas, que exigían por el dinero de iniquidad que en mal hora prestaban, exorbitantes intereses que arruinaban en breves años al que se sometía á tan tirana operacion. La usura habia inaugurado entre nosotros su ominoso reinado, y solo Dios sabe hasta donde habria extendido sus sangrientas conquistas, sin el valor de la generosa viuda que puso un dique á su funesta dominacion.

¡Ah, Señores! ¿Que no sean estériles nuestras lágrimas en derredor de esta tumba! Jurad sobre su lápida exterminar de nuestra patria ese monstruo infernal que se ha desencadenado contra nosotros. ¡La usura! Abrid las sagradas páginas de los libros inspirados, y en cada una la vereis condenada, aborrecida, estigmatizada. ¡La usura! Pasad vuestros ojos por los salmos que David cantaba en su desgracia, y hallareis que uno de los males mas funestos que impreca sobre sus gratuitos enemigos es que el usurero escudriñe y se lleve toda su hacienda<sup>16</sup>. ¡La usura! ¿Qué hay en el mundo mas torpe ni mas cruel<sup>17</sup> que este vicio detestable que se cubre con la capa de

16. Ps. CVIII, 44.

17. Chrysost. Hom. 5 in Matt.

la misericordia para mejor despojar al infeliz, y que desgarrar mas que una víbora<sup>16</sup> el alma del que la abriga? ¡La usura! ¿Y quién no la maldice, quién no la hiere con sus sátiras, quién no la abrasa con sus anatemas? ¿Y es posible que esta cortesana envejecida, cubriendo sus arrugas con asquerosos afeites y ocultando sus descarnados miembros con adornos de falso oropel, haya logrado seducir en nuestros días aun á jóvenes gallardos, ricos, ilustres, con los brazos robustos para el trabajo, y con un porvenir tan risueño como puede prometerlo esta vida falaz? ¡La usura! ¡Ah, Señores! Yo os repito con toda la energía del cristiano que habla al borde de la tumba; con toda la autoridad del sacerdote que os lo intima en nombre del cielo; con todo el zelo del hermano que no quiere, no, que por una falsa ganancia se pierdan vuestras almas: ¡jurad exterminarla! Escuebad la voz del Rey-Profeta, que os declara que solo podrá ascender al monte santo de Dios el que no ha dado su dinero á usura; *qui pecuniam suam non dedit ad usuram.*

De estos seres privilegiados es la duda la benemérita matrona que tanto lloramos. No solo no defraudó jamás al pobre ni al rico de sus legítimas ganancias; no solo no exigió jamás del necesitado un premio indebido por los favores que le prodigaba, sino que mientras vivió lo libertó de las garras del especulador y del legrero, ni dejó que nadie lo perturbase con exacciones onerosas ni injustos vejámenes. Tal hizo sobre todo con los habitantes de esta su ciudad natal, que, aunque hacía largos años no era su residencia, continuaba siendo el objeto de su predilección. ¿Qué otro fin tuvieron esas empresas de minas, tan azarosas, tan inciertas, en que nada se podía esperar y si eran de temerse inmensas pérdidas poco menos que seguras? El éxito lo ha demostrado, Señores, y bien lo sabeis cuantos os agrupais en torno mio. No ignorais que al proponérsele algun contrato jamás pasaba los ojos sobre las cifras que representaban los enormes gastos que debían sufragar sus arcas, ni se detenía á pesar las probabilidades del buen ó mal éxito. “Se violan los derechos de mis vecinos? Se menoscaban las prerogativas de la Iglesia? Se oprime en lo mas mínimo al pobre? Se ofende en modo alguno al Señor? ¡Oh! Entonces dejado, dejadlo, ni

48. Idem Hom. 57 in eundem.

soñeis en esa especulacion deshonrosa, y aunque me produzca millones, los desprecio, los detesto, los abomino.” Tal era, Señores, su lenguaje y ¿quién de vosotros podrá dementirme? Por eso la casa de Perez Galvez jamás se manchó con la torpe compra de un palmo siquiera de terreno eclesiástico; por eso los fértiles campos de sus inmensas propiedades enviaban fielmente á los Pastores de la Iglesia la décima parte de las cosechas que por beneficio de Dios anualmente rendian; por eso, conforme á la tradicion de la casa de Valenciana, una iglesia señalaba siempre sus posesiones, y su primer cuidado era dotar ministros evangélicos que predicasen la ley del Señor y los principios de eterna justicia; por eso se empeñaba con maternal anhelo en desarraigar los vicios de la muchedumbre que comía su pan, y tenía tan á pechos el establecer un banco de ahorros que asegurase un porvenir á nuestros mineros, y disminuyese esa prodigalidad que los distingue y los conduce á la miseria y al crimen.

Por el contrario; aunque las pérdidas fuesen irreparables, aunque tuviesen que agotarse los productos de sus fincas, que el triste estado de nuestra patria disminuía cada vez mas, nunca retrocedió ante una empresa que pudiera contribuir al alivio de sus semejantes. “¿Se da gloria á Dios? Se suministra al pobre trabajo? Pues adelante: no mireis las pérdidas; no reparéis en las expensas; contad si los millares de infelices que puedo arrancar á la inopia, y gastad, gastad sin temor, vaciad mis arcas sin escrúpulo.” Sé que hay entre vosotros quien oyó estas admirables palabras, en una época no muy remota, y en que solo por caridad y desprendimiento cristiano, pudo haberse iniciado una empresa como la que ella no vaciló en acometer<sup>19</sup>.

Nosotros, los que acostumbrados á vivir entre estas ricas, pero falaces montañas, sabeis que una mina no es una fuente perenne de preciosos metales; que habeis palpado que en sus ingratas entrañas halla su tumba muy á menudo la ambicion y la codicia; que por larga experiencia conoceis que en cambio de una fortuna, quizá pasajera, con que alucina á algun dichoso, absorve el fruto de largos años de trabajos y sudores de cien infelices! Decid vosotros: ¿Qué se hicieron esos millares invertidos en el

49. El avio de la mina de Cata.

ARTS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca de Artes y Letras

laborio de una mina que bien sabía la Señora los dejaría sepultados para siempre en sus profundas cavernas? ¿Cuándo devolverá la tierra lo que en tan corto tiempo devoraron sus ávidas fauces?

Lo devolverá, Señores, no lo dudeis; lo devolverá centuplicado en el día de la retribucion. A esta hora ya lo han llevado al cielo las manos de los pobres que esos tesoros socorrieron; porque lo que á los ojos del mundo pudo parecer especulacion vulgar, no fué sino limosna en la mente generosa de la cristiana señora, como lo fueron todas sus empresas desde que ella sola tuvo la administracion de sus cuantiosos bienes.

Rica desde la cuna, ¿qué negociacion no pudo emprender, qué comercio no estuvo en su mano probar, qué especulacion no le fué dado acometer? En una sobre todas se fijó su noble corazon; en aquella negociacion que experimentó la muger fuerte de la Escritura y halló que era la mas lucrativa del universo: la limosna; la limosna que no conoce límites, la limosna que sobrepuja todos los obstáculos; *gustavit et vidit quia bonavest negotiatio ejus*<sup>20</sup>.

Cuando, conforme al consejo del Evangelio, ni su mano izquierda sabía las buenas obras que practicaba la derecha<sup>21</sup> ¿qué podré yo deciros de esas limosnas cuya cantidad y mérito son conocidos de Dios solo? Hablen por mí las lágrimas de los pobres; suplan á mis encomios los gemidos de los huérfanos; pregonen en vez mía sus alabanzas las exclaustradas vírgenes del Señor. Todos al caer de rodillas ante el ataúd que contiene sus preciosos despojos, exclaman en ese lenguaje del dolor que todos comprenden y que penetra hasta el fondo del alma: mientras ella vivió no había que temer la miseria, ni las enfermedades, ni los desmanes de la impiedad; ella nos socorria, ella era nuestra refugio, ella era nuestro amparo; mientras ella vivió no hubo quien turbara á Israel.

¿Qué podré deciros, sino uno que otro secreto arrancado al inexpugnable castillo de la cristiana humildad? Escuchad, empero, algunos rasgos que el Señor no ha permitido quedasen sepultados en el silencio de la tumba. ¡Oh! Si hubieramos podido seguir á la piadosa matrona al apartado santuario consagrado á la Reina de los Angeles,

20. Prov. XXXI.

21. Matt. VI.

adonde se complacía á menudo en ir á dirigir sus fervientes plegarias; si hubiéramos podido contar las incesantes limosnas que, por mano del zeloso sacerdote que allí velaba día y noche al pié de los altares, distribuía á millares de necesitados que aun ignoraban la fuente de que salian los socorros; si hubiéramos podido escuchar las santas conversaciones que tenía con las hijas de San Vicente, en las frecuentes visitas á sus casas de caridad, ¡qué abundante materia no tendríamos ahora para pregonar los milagros de su beneficencia! Escuchad lo que para ejemplo nuestro quiso el Señor que traspasara el velo del secreto; escuchad y aprended.

Gran cosa es, en verdad, el dar asilo al pobre vergonzante que ni se atreve á mendigar el pan de puerta en puerta, ni tiene los medios de procurar la subsistencia de una familia numerosa cuanto desgraciada; muy meritorio es tender una mano bienhechora á la desvalida huérfana próxima á caer en el abismo sin fondo á que á veces conduce la miseria; es laudable en extremo servir de madre al expósito, de sosten al anciano, de salvador al enfermo, contribuyendo con gruesas sumas ya á la fundacion de nuevos hospitales y asilos, ya á la conservacion ó mejoras de los orfanatorios y hospicios existentes; es altamente meritorio ¿quién lo negará? Sin embargo, la caridad ejercida de este modo era de tal manera un hábito en la Señora Perez Galvez, que tenemos que buscar otros rasgos mas brillantes para presentar en todo su esplendor esa alma generosa.

¿Adónde no se introduce el demonio de la discordia, de las desavenencias, de la enemistad? ¡Gloriosos Apóstoles! No perdonó ni aun vuestro santísimo senado. ¡Viudas venerandas de la primitiva Iglesia! También á vosotros os dividieron los zelos<sup>22</sup>, y por disposicion maravillosa de la Providencia, á vuestra division se debió la ordenacion de esos siete primeros diáconos que tanto adornaron la corona de la Esposa del Cordero. También penetró hasta el recinto de tu vidual habitacion ¡oh ilustre matrona! y te amargó muchos años de tu existencia. Pero el Señor lo permitió para darte ocasion de ejercer la caridad en colosales proporciones, y de mostrar toda la bondad de tu corazon. No necesito recordarlo, Señores;

22. Act. VI.

están frescos en vuestra memoria los luctuosos acontecimientos que hundieron en la mas espantosa miseria á una familia acostumbrada desde la cuna al fasto y la opulencia, y cuyas riquezas parecerían fabulosas si no las hubieran visto nuestros ojos. Entonces Doña Francisca Perez Galvez no escuchó sino la voz de la caridad y de la sangre; entonces dió pruebas maravillosas de su exquisita prudencia socorriendo á sus cercanos parientes sin herir susceptibilidades; entonces demostró con los hechos lo que sus labios habían repetido mil veces: que jamás había abrigado su pecho el mas leve resentimiento.

Es antigua la guerra á muerte que ha hecho siempre el Infierno á los sacerdotes del Altísimo. Sin embargo, el clero no puede menos que ganar, bajo el punto de vista espiritual, de esa persecucion abierta y cruel que solo sirve de acrisolar mas y mas su piedad y virtudes apostólicas. Pero hay otra guerra verdaderamente satánica, que se dirige á matar el alma en vez del cuerpo, á introducir el vicio entre los escogidos del Señor, y á impedir el que la virtud, y la ciencia, y el espíritu evangélico echen raíces entre el sacerdocio católico. Es harto conocida esta táctica de la Impiedad, pero no por eso es menos temible ni ha menester de menores esfuerzos para contrarestarla. San Vicente de Paul y el venerable fundador de la Congregacion de San Sulpicio ¡cuánto no hicieron para conseguir este noble objeto en su patria, y cuán feliz no fué el éxito de su sagrada empresa! Los hijos del primero vinieron á nuestra México á llevar á cabo el fin santísimo de su instituto, y para nadie es un misterio la parte principal que tomó en su establecimiento la Señora Perez Galvez, y la decidida proteccion que les concedió hasta su muerte.

Este es, empero, el menor beneficio de que le es deudor el sacerdocio católico. El santo Pontífice que hoy ocupa el trono de San Pedro visitó, como sabéis, en su juventud, varias repúblicas de nuestra América española y ha tomado siempre el mayor interés en nuestros destinos, siendo su constante deseo el que nuestro clero se mantenga á la altura que corresponde á los ministros de Jesucristo. Nadie mejor que Pio IX conoce los males que nos aquejan y la imposibilidad de que se conserven en países tan agitados por las discordias civiles, establecimientos eclesiásticos en que florezcan á la vez la ciencia

y la virtud, la piedad y las letras. Por eso concibió su grande alma el proyecto de llamar á su lado una selecta falange de jóvenes latino-americanos, que á la sombra del Vaticano bebiesen en sus fuentes las ciencias sagradas, y tornasen á esparcir en sus respectivas patrias el suave olor de las virtudes evangélicas. Se echaron sin tardanza los cimientos del grandioso proyecto; acudieron presurosos los hijos del Perú y de Colombia, de las márgenes del Plata y de las orillas del Marañon, ni faltó tampoco quien se les reuniese de nuestra patria. Opimos fueron los frutos del tierno pero bien augurado plantel; ya se gozaba al verlo tan floreciente y lozano el Supremo Pastor á quien debia su existencia, cuando ¡ay! un inesperado huracán doblégó hasta el suelo sus delgadas ramas, y amenazaba arrancar de cuajo el indefenso arbolillo.

La pobreza, Señores, la carencia absoluta de los mas indispensables recursos estuvo á punto de destruir en su infancia un colegio que prometía tantos bienes á este continente. En vano se esperaban con ansia las naves de la América del Sur con los subsidios tiempo habia prometidos. En vano Pio IX quiso hacer un esfuerzo supremo abriendo sus arcas á sus queridos hijos del Nuevo mundo. ¡Estaba exhausto su tesoro; la sacrilega invasion de sus Estados le habia arrebatado sus rentas; Pio IX era pobre, Pio IX era mendigo!

En tan grave conflicto, cae inesperadamente, cual súbita lluvia, una gruesa suma de plata mexicana, que hace reflorar el campo agostado y renueva las esperanzas de una rica cosecha. La enviaba la nacion mas afligida entre las jóvenes repúblicas de América; la enviaba nuestra México, en la época en que los bienes de la Iglesia habían perecido y las fortunas particulares estaban al borde del precipicio; la enviaba una muger, una viuda, una hija de nuestra Guanajuato; la enviaba Doña Francisca de Paula Perez Galvez.

Sin duda que la Providencia pudo haber hecho subsistir aun sin ella un establecimiento en que la gloria de Dios y el bien de los católicos americanos están altamente interesados; pero no es menos cierto que de ella quiso servirse el Señor para hacer tan señalado beneficio al clero de toda la América española. ¡Oh! Bien podemos, sin temor de profanar las sentencias del Espíritu Santo, bien podemos saludarla desde esta cátedra de la

verdad con las palabras que el Sumo Sacerdote dirigió á la salvadora de Betulia; bien podemos decirle sin vacilar: tú eres la gloria de la Jerusalem cristiana; tú eres la alegría del Israel del Nuevo Testamento; tú eres el honor de este nuestro pueblo en que viste la luz primera y á quien has servido de madre. Cuando, en el trascurso de algunos años, los retoños de ese árbol que su generosidad salvó de inminente ruina hayan á su vez producido otras plantas y multiplicándose en el fértil terreno del Nuevo Mundo; cuando los jóvenes que merced á ella pudieron beber hasta saciarse el agua purísima de la ciencia y de la virtud, comuniquen á su vez á sus compatriotas lo que ellos gratuitamente recibieron, ¡qué coro de levitas, y sacerdotes, y pontífices, podrá unirse á nuestra débil voz, y exclamar con nosotros al recordar sus beneficios: *tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi nostri*<sup>25</sup>.

Ya desde ahora resuenan en su alabanza, aunque entrecortados por profundos sollozos, los cánticos de gracias de las vírgenes del Señor. ¿Sabéis, cristianos, lo que es una virgen consagrada á Dios desde sus tiernos años, mirada con los ojos de la fé, de la religion, de la naturaleza? El corazon os lo dice, el corazon os lo dice y no haré mas que apelar á vuestros sentimientos. ¿No recuerdas, ¡oh madre de familia! cuando tu hijo se hallaba separado de tí por inmensa distancia, expuesto á los peligros de la guerra, del hambre, de la seducción, no recuerdas el consuelo que entonces inundaba tu alma al escuchar á media noche la esquila del vecino monasterio, que te decía con voz melodiosa: "no temas ¡oh madre!, si otras velan y lo buscan para su ruina, nosotras velamos para su salvacion y rogamos por él"? ¿No recuerdas ¡oh joven! cuando postrado sobre el lecho del dolor, ó cuando luchando cuerpo á cuerpo con las encrespadas olas del mar tempestuoso, tras larga noche de angustia veías despuntar los primeros rayos de la suspirada aurora, no recuerdas cuál se calmaban tus penas al retratarse en tu memoria las murallas del convento contiguo á la casa de tus padres, y exclamabas suspirando: "ya están las castas vírgenes al pié del altar: ¡oh! no hay que temer; ellas ruegan por mí"?

¿Cuántas veces al recorrer las crestas de las montañas

25. Judith XV.

que coronan á nuestra ciudad, ha podido exclamar el cristiano observador mirando á nuestros suntuosos edificios!: ¿Porqué entre tantos templos y palacios fabricados á gran costo y con incalculable trabajo sobre la viva pena, no se divisan los muros de algun monasterio de religiosas? ¿Porqué esta ciudad tan piadosa no ha construido un asilo para sus vírgenes, un lugar de retiro para sus viudas?... ¡Señores! Ha llegado el tiempo en que hemos podido repetir, aunque en diverso sentido, las palabras de Isaías<sup>21</sup>: *Lauda, sterilis quæ non parit*. Regocíjate, ¡oh ciudad de nuestro nacimiento! regocíjate en tu esterilidad; da gracias al cielo porque no ha permitido que abrigues en tu seno á las castas esposas del Cordero sin mancha, y así te ha ahorrado el dolor de verlas arrancadas á viva fuerza de la sagrada mansion que debía ser el lugar de su descanso sobre la tierra. Quien no lo ha presenciado no puede imaginarse esa escena terrible de llanto, de duelo, de profunda desolacion. ¡Vírgenes del Señor! Dos veces os han visto ya las ciudades de mi patria abandonar llorosas vuestro nido sagrado, cual palomas perseguidas por implacable halcon; ni el dolor de la viuda que acaba de ver á su esposo traspasado por puñales asesinos, ni la pena de la madre á quien arrebatan sus hijos, pudo igualar la que desgarró vuestro corazon en tan aciagos momentos. Vosotras perdíais á la vez vuestro esposo, vuestras hermanas, vuestro asilo, vuestras esperanzas, vuestro reposo, muchas ¡ay! aun el pan cotidiano, y os veíais lanzadas en el mar desconocido del mundo á la merced del que os quisiera tender la mano en medio de las olas que os cercaban. ¡Vírgenes del Señor, decidlo vosotras! ¿Llamasteis alguna vez en balde á la puerta de la matrona cuya muerte lloramos? ¿Clamasteis alguna vez cerca de ella sin ser socorridas? ¿No previno vuestras necesidades? ¿No os brindó con asilo seguro? ¿No lloró con vosotras y os consoló cual tierna madre por vuestras irreparables pérdidas?

¡Ah Señores! La Providencia sin duda reservó á la Señora Perez Galvez hasta esos días amargos, para ser uno de sus mas benéficos instrumentos. Ella los presintió; ella los vió venir; ella pudo haberlos evitado, con oportuna fuga; pero aunque rogada mil y mil veces, rehusó cons-

24. Isai. LIV.

Idol 22  
1777 del 82

tantemente abandonarnos en la hora de la tempestad. Nada valían para ella las riquezas que la rodeaban: su sencillo trage y modestos atavíos nos recordaban los de Paula y Marcela que nos describe San Gerónimo, y no había á su lado otras señales de su grandeza, sino las numerosas huérfanas que la acompañaban á su frugal mesa, y que eran tratadas como hijas. Manos incuas desmembraron de sus tierras vastos y fértiles campos, suficientes por sí solos á constituir una rica herencia. Con la mayor sangre fría presencié esta segregacion, exclamando resignada, cual Job <sup>25</sup>: “El Señor me lo dió; el Señor me lo quitó: sea siempre bendito su santo nombre, no por eso arderán menos antorchas en sus altares, ni resonarán menos himnos bajo las bóvedas de sus templos”.

Y lo cumplió, Señores: este santuario puede dar testimonio de su largueza, y testigos de su infatigable zelo y nunca desmentida piedad son en la Capital de la República las iglesias de Santa Clara y de los Angeles, la Basílica de Guadalupe, el Oratorio de las Hijas de la Caridad, y esa hermosa capilla de que hoy no quedan ni rastros, y que, consagrada en un tiempo al Espíritu Santo, experimentó quizá cuál ninguna su piadosa munificencia.

Ya no me preguntéis, Señores, cuáles fueron sus buenas obras: interrogadme mas bien adónde no alcanzaron sus limosnas, adónde no llegaron sus generosas dádivas. Bien pudo decir como Job <sup>26</sup> sin temor de que una sola voz osara desmentirla: “La compasion ha crecido conmigo desde mi infancia, y salió conmigo del seno de mi madre. Si he comido sola mi pan y el huérfano no lo partió conmigo; si he negado á los pobres lo que querían, y si he hecho esperar en balde á la viuda; si me he descuidado de socorrer al desnudo y no lo he calentado con los vellores de mis ovejas, séquese mi inútil mano y pierda el movimiento mi brazo. Si he creído que en el oro consistía mi poder y he puesto mi alegría en mis riquezas; si me he complacido en la ruina del que me aborrecía ó me ha intimidado la gran multitud de los málvados estorbándome de obrar bien y hacer justicia; si mi tierra clama contra mí y sus sulcos se lamentan con ella, nazcanme abrojos en vez de trigo y espinas en lugar de cebada.”

25. Job I.  
26. Job XXXI.

No es dado al hombre penetrar en el santuario de la conciencia, ni investigar los arcanos decretos del Dios de justicia. Pero si recordamos que la ilustre difunta, particularmente en sus últimos años, no pensaba mas que en la muerte y recordaba á cuantos la vesan que el sepulcro era ya su único porvenir; si abrimos en seguida las sagradas páginas y leemos que el pensamiento constante de la muerte es la garantía mas segura contra el pecado <sup>27</sup>, si repasamos las palabras de Daniel con que, en nombre del Cielo, exhorta á Nabucodonosor á redimir con limosnas sus enormes pecados <sup>28</sup>, y escuchamos á Tobías declararnos que la caridad liberta de toda culpa <sup>29</sup>, no podremos menos que exclamar, cual San Gerónimo escribía de Paula y de Pamaquio <sup>30</sup>: El camello ha pasado por el ojo de la aguja; la rica señora que acaba de terminar su viage terreno, ha pasado por el camino estrecho que conduce á la vida, ha rescatado su alma con sus propias riquezas <sup>31</sup>.

Ya voló al cielo esa alma bendita; ya voló á recibir el premio de sus virtudes despues de setenta y cinco años de prueba. Pero ¿no habrá sido detenida en su ardua carrera? Al mirarse en el límpido espejo de la eterna justicia ¿no habrá descubierto alguna mancha, siquier ligera, en su vestido nupcial, que la haya hecho avergonzarse de entrar sin lavarla á las bodas del Cordero immaculado? ¡Ah, cristianos! Ni la luna, ni las estrellas, ni aun los cielos mismos están límpidos en la presencia de Dios <sup>32</sup>, y hay justos que para ser salvos tienen que pasar por el fuego purificador <sup>33</sup>. Oremos, oremos por ella: grande es la deuda que tenemos que pagar. Mientras ella vivió no hubo quien turbara á Israel; justo es que despues de su muerte la muchedumbre del pueblo por ella protegido acuda en tropel á los templos del Dios vivo á limar con oraciones, y lágrimas, y ruegos, las cadenas que quizás le impiden todavía entrar á la plena posesion de su Creador. Depongamos sobre su tumba, os diré con San Efrén, no coronas

27. Eccli. VII.  
28. Dan. IV.  
29. Tob. IV.  
30. In Isaiam Proph. I. XVII, c. 60.  
31. Prov. XIII.  
32. Job XV & XXV.  
33. 1 Cor. III.

de siempre vivas ni guirnalda de ciprés; no adelfas ni deshojadas flores; ofrezcámosle, sí, las violetas de nuestras plegarias, las rosas del incruento sacrificio, las amapolas de nuestro fúnebre llanto.

¿Y no tendrá consuelo nuestra amargura? Perecieron ¡oh pobres de Cristo! perecieron vuestras esperanzas al emigrar de este mundo vuestra generosa bienhechora? ¿No tendreis ya quien acometa empresas arriesgadas solo por suministraros pan y trabajo? ¿No hallarán ya abierta la vejez, la orfandad, la miseria, esa puerta que jamás se cerró para ellos durante su vida?

¡Oh, no lo temais! *Charitas nunquam excidit*<sup>54</sup>: la caridad cristiana no es como esas naves que sulcan los mares sin dejar en pos de sí la menor huella. La vida del justo, es cierto, semeja á la flor del campo<sup>55</sup> que se abre al despuntar la aurora y se marchita antes que el sol haya declinado; pero el suave olor que ha esparcido persevera aun despues de caidas sus hojas, y su preciosa semilla produce otras flores que vienen á sucederla. Las hazañas de Judit hicieron que no solo durante su vida, sino aun muchos años despues<sup>56</sup>, no hubiera quien turbara á Israel: otro tanto harán en el Israel de la ley de Gracia las virtudes de nuestra ilustre conciudadana.

No creais que la sorprendiera la muerte, cuando hacia tiempo que la veía venir sin espanto desde la atalaya de la vigilancia cristiana. Rápida fué la dolencia que cortó el hilo de sus días; caer postrada en el lecho del dolor; purificar su alma y alimentarla con el Pan de los fuertes; recibir la unción sagrada y las postreras bendiciones de la Iglesia, y volar al seno del Creador; todo fué un acto no interrumpido. A quien está preparado para el tremendo trance; á quien aguarda al Esposo con la lámpara siempre encendida, se complace el Dios de las bondades en ahorrar las angustias de una larga agonía. Así acaeció con la Señora Perez Galvez; todo lo tenía dispuesto para su final partida, y tiempo había que se hallaba escrita en caracteres indelebales su última voluntad; monumento en verdad mas duradero que el bronce, que sobrevivirá á la ruina del mundo y brillará por toda la eternidad. En virtud de

54. 1 Cor. XIII.  
55. Ps. CII.  
56. Judith XVI, 50.

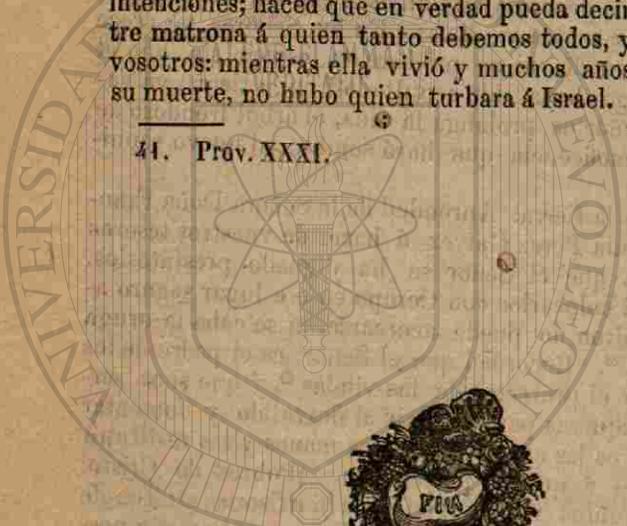
ella presto véreis coronar la cima de nuestros argentiños montes dos nuevos edificios, construidos con la plata que de ellos extrae la infatigable constancia del minero: en el uno irán á recobrar la salud los operarios enfermos; en el otro hallarán un asilo seguro los ancianos desvalidos y los huérfanos menesterosos. Los que se sentaban á su mesa y se albergaban bajo su techo llorarán, sí, la falta irreparable de la que era para ellos su bienhechora, su madre, su todo; pero el espectro descarnado de la miseria no pisará el dintel de su morada: gran parte de las riquezas de la generosa difunta está consagrada á asegurarles á todos rentas vitalicias. En fin, Señores, no crece el árbol en un día ni se produce la espiga sin que el grano de trigo haya sido sepultado<sup>57</sup> en la tierra: ya véreis, si el Señor os prolonga la vida, el árbol frondoso de cristiana beneficencia que hará sombra al nuevo sepulcro.

¡Ricos de la tierra! Aprended de la Señora Doña Francisca de Paula Perez Galvez á hacer de vuestros tesoros el uso para que el Señor se ha dignado prestaroslos. Aprended á colocarlos con tiempo en ese lugar seguro adonde el ladron no puede acercarse, ni se ceba la oruga destructora<sup>58</sup>. Recordad que el Señor es el padre de los huérfanos y el protector de las viudas<sup>59</sup>, y que si os servís de las riquezas para oprimir al desvalido y fomentar el vicio, Él os las arrebatará de las manos y las restituirá á los pobres á quienes pertenecen. ¡Pobres de Cristo! Ante esa tumba yace despedazada la irrisoria estatua de esa mentida igualdad que os predicán envidiosos impostores. ¿Qué sería de vosotros, plantas tiernecillas, qué sería de vosotros si no tuvieseis la fuerte muralla del poderoso que os abrigue del vendabal? No mireis de reojo al que posee mas que vosotros; antes bien recordad que el rico y el pobre se encontrarán y se necesitarán mutuamente, porque á entrambos los ha creado el Señor<sup>60</sup>. ¡Tiernas doncellas, que suspirais por brillar en la sociedad y os regocijais en vuestras prendas! ¡Ah! No olvideis que es falaz vuestra gracia y que la her-

57. Joan. XII.  
58. Luc. XII.  
59. Ps. LXVII.  
60. Prov. XXII.

mosura terrenal es vana y pasagera; si quereis ser alabadas y bendecidas, sed piadosas y timoratas como lo fué nuestra conciudadana, y hareis resonar el mundo con vuestros loores, porque la muger que teme al Señor es quien será alabada<sup>41</sup>. ¡Herederos de la influencia y riquezas de la opulenta casa de Perez Galvez! Recordad las tremendas obligaciones que os impone vuestra nueva grandeza; respetad los últimos deseos de la que al legaros sus bienes ha querido tambien legaros sus virtudes; interpretad con fidelidad sus generosas intenciones; haced que en verdad pueda decirse de la ilustre matrona á quien tanto debemos todos, y en especial vosotros: mientras ella vivió y muchos años despues de su muerte, no hubo quien turbara á Israel.

41. Prov. XXXI.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTS Split Pro

883388

117 301 25  
117 301 25  
117 301 25  
117 301 25



ARTS Split Pro

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA